

Celia L. Cussen (Editora)
Huellas de África en América: Perspectivas para Chile
Editorial Universitaria
Santiago de Chile, 2009, 160 págs.

Este libro se compone de los artículos presentados en el Coloquio “Huellas de África en América: perspectivas para Chile”, que se realizó en mayo de 2007 en la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad de Chile.

El tema de la presencia de los negros en nuestro país ha sido poco abordado por la historiografía nacional. Desde los estudios ya clásicos de Rolando Mellafe como *La esclavitud en Hispanoamérica y La introducción de la esclavitud negra en Chile. Tráficos y Rutas* (1959), no existieron publicaciones que abordaran este asunto hasta los años 80, cuando Rosa Soto Lira puso en el tapete nuevamente el tema, aunque ahora desde una perspectiva de género. Luego, la historiadora norteamericana Celia Cussen abrió el tema de los afrodescendientes en Chile nuevamente, suscitando el interés de otros investigadores para abordar nuevas perspectivas y problemáticas sobre una realidad social,

económica y cultural de la esclavitud negra, así como de la población de color en general en el país, quizás también movidos por la inquietud de que hacía falta una parte de nuestra historia que necesitaba salir a la luz.

En general, la propuesta de los investigadores de este encuentro es la de abordar la temática del negro en América como un fenómeno heterogéneo en términos de la práctica esclavista, o los modos de inserción del negro libre en las sociedades coloniales, así como la formación de una identidad mestiza y étnica del grupo en las distintas regiones de nuestro continente.

El artículo de Carmen Bernand titulado “El color de los criollos: de las naciones a las castas, de las castas a la nación”, inicia la discusión en torno al origen de las identidades de los descendientes de africanos en América, una identidad étnica mestiza que tiene un carácter particular en el continente. El trabajo de Bernand se centra

en la esclavitud urbana en Iberoamérica, tema ampliamente abordado por ella desde su obra *Negros Esclavos y Libres en las Ciudades Hispanoamericanas* (2001), ya que la esclavitud de las plantaciones tropicales posee características que distan considerablemente de lo que ocurre en las ciudades. Por ejemplo, un aspecto interesante por considerar que se da solo en la ciudad es el trabajo a jornal del esclavo del que hace mención la autora. Esta modalidad implicaría que el esclavo trabaja para un patrón y aprende un oficio, ya sea de panadero, sastre, zapatero, entre otros y, a su vez, posee un amo, el cual es dueño de su existencia. Pero esta situación le permite al esclavo ganar un peculio, del cual debe dar cuenta tanto al patrón como al amo, pero que además le permite poder dejarse un tanto para sí, posibilitando la opción de comprar su libertad en algún momento. El trabajo asalariado de los esclavos constituía “una promesa de libertad” (p.17).

Para Bernard, estudiar las huellas africanas en América implica analizar las modalidades regionales específicas de la esclavitud como sistema, así como las naciones del siglo XIX en las cuales la movilidad de los hombres de condición servil es constante y hace difícil su rastreo. La autora considera necesario insertar la cuestión de la esclavitud dentro de una Historia Mundial o Global que “hace hincapié en las relaciones entre situaciones locales y procesos globalizantes” (p.15). Para entender el fenómeno de la realidad

africana en América, debemos analizar las formas esclavistas, la evolución de la trata y de los mercados, la difusión de las ideas abolicionistas y su recepción por parte de las élites, así como la figura del Procurador de Pobres que actúa de mediador entre amos y esclavos. Es decir, la realidad afroamericana es un entramado de situaciones y relaciones que abarcan distintos aspectos de la sociedad que no debe considerarse como un fenómeno homogéneo.

El negro como tal tiene distintos modos de insertarse dentro de la sociedad urbana colonial. Desde una condición servil hasta la de un hombre legalmente libre, se mueve en el espacio que le otorga la ciudad. Bernard se pregunta por la posición social en la cual se ubica este hombre libre. “¿A qué categoría social pertenecía el ‘negro libre’? Si el color de piel que lo definía en primer grado era un rasgo original, su estatus, en teoría, era igual al español y al mestizo. En la práctica, el color oscuro de la piel indicaba invariablemente una marca servil y por lo tanto, ‘infame’” (p.18).

El negro busca modos para mejorar su posición social, que si bien jurídicamente es la de un hombre libre, en la práctica el color de su piel determina el conjunto de prejuicios sociales y raciales con los cuales va a ser visto con recelo, siendo considerado una persona poco confiable y llena de vicios. Es así como distintos oficios son opciones para estos hombres, quienes incluso pueden llegar a estudiar o a la

vida de las armas. Sin embargo, Bernand sostiene que “la ascensión social de esos hombres libres por la vía de las milicias y el ejército, por la acumulación de capital o por el ejercicio de ciertas profesiones liberales, a pesar de las trabas legales, no pudo borrar la marca del color” (p.31).

Para estudiar el fenómeno de los negros en Latinoamérica se debe considerar, a juicio de la autora, la condición jurídica de esclavitud así como la de hombre libre; ambas nos ofrecen muchas posibilidades de investigación. Falta acá eso sí, una mayor consideración para posibles estudios de género.

Es interesante cómo el negro se inserta dentro de la denominación de “pueblo”, en el sentido que se le da en los primeros años del siglo XIX, como el conglomerado social que abarca a los marginados por el orden colonial indiano, es decir, criollos y mestizos. Carmen Bernand sostiene que pueblo como entidad colectiva tiene su faceta negativa que es el vulgo, el populacho, la plebe (p.31), y dentro de esta acepción tienen que haber sido considerados estos negros. Personalmente, creo que ante la falta de una identidad colectiva en términos étnicos, los negros calzan dentro de esta denominación y si bien, esta situación tiene matices distintos dentro de Latinoamérica, para el caso chileno es pertinente sobre todo si tomamos en cuenta su dispersión dentro de un proceso activo de mestizaje.

El artículo de Herbert Klein, “La experiencia afro-americana con la esclavitud desde la perspectiva comparativa: el estado actual del debate”, nos propone la necesidad de abordar estudios comparativos de la esclavitud en América, en donde la realidad en Norteamérica con respecto al tema es bastante disímil a la de Iberoamérica. Para Herbert Klein el análisis comparativo es un enfoque que todavía es campo de investigación posible y nos permite esclarecer el tema de la integración de los negros en las sociedades post-emancipación.

El análisis comparativo llevado a cabo entre los años 1940-1980 proponía una serie de debates sobre las instituciones, culturas y organizaciones sociales americanas. Pero de parte de investigadores latinoamericanos como Fernando Ortiz en Cuba, Nina Rodrigues y Gilberto Freyre en Brasil rechazaron el análisis comparativo con la realidad de Estados Unidos, prefiriendo los estudios locales.

El racismo extremo, un régimen esclavista más restrictivo, un proceso de emancipación individual más cerrado, la falta de movilidad física y económica de los libertos, la actitud anti-integracional frente a los ex esclavos, el modelo de dos colores raciales y el sistema legal extremadamente limitado para los ex esclavos en Norteamérica, son características del fenómeno que hacían ver el caso de Estados Unidos (para los investigadores latinoamericanos) dentro de un “excepcionalismo”, el cual era nega-

do por los investigadores norteamericanos:

Esta concentración de la cuestión del ‘trato’ de los esclavos desvió la discusión intelectual más allá de las instituciones y las prácticas sociales y económicas, llevándola a un rechazo total de la escuela comparativa como modelo viable, por lo menos en la historiografía norteamericana. Salvo los recientes esfuerzos sobre el tema de la ‘comunidad esclava’ en la perspectiva comparativa, hay pocas nuevas discusiones en esta área. (p.37).

Klein nos muestra las posibilidades de realizar un análisis comparativo de la esclavitud negra entre Estados Unidos y Latinoamérica, centrándose en el caso de Cuba y Brasil a partir de varios puntos importantes. Para ello, propone algunos temas comparativos: el fundamento económico de la esclavitud, siendo la mano de obra esclava mucho más barata que la europea, en primer lugar; en segundo, la estructura de posesión de esclavos.

Por otro lado, establece diferencias en lo que respecta a los regímenes de plantación basados en la tecnología de la producción y en el nivel de habilidad o el grado de capacitación de los esclavos en las distintas ocupaciones, que dependía de las sociedades que tenían estructura gremial con aprendizaje formal; con ello, la apertura al mercado obrero para los esclavos y personas libres de color constituía una diferencia importante.

Un aspecto importante a destacar, que hace una diferencia notable entre

la realidad anglosajona y la iberoamericana, es el tema de la coartación para la compra-venta por parte de los esclavos, costumbre que permitía a los esclavos acceder a la libertad. Esta práctica difiere en intensidad con respecto a Estados Unidos. Además, el cuerpo legal era mucho más severo con el negro libre, lo que dificultaba su integración a la sociedad; Klein menciona un aspecto interesante desde el punto de vista legal para los ex esclavos en Brasil, que en el siglo XIX pudieron optar al sufragio censitario, un dato que refleja el estatus que podían alcanzar en términos económicos en ese lugar, a diferencia de la América anglosajona. En América del Norte, la legislación esclavista del siglo XIX restringió este proceso progresivamente e intentó aislar al liberto tanto como fuera posible. Esta legislación tuvo éxito y la población libre de color se mantuvo en un 11% de la población afroamericana total antes de 1860, comparando con un 74% de libres del total de afroamericanos de Brasil en 1872. Esta es una diferencia fundamental en las sociedades que vale la pena enfatizar (p.42). Asimismo, el negro en Latinoamérica tuvo entre sus opciones varios caminos para su inserción, que van desde el ejercicio de ciertos oficios como a formar parte del ejército, volviendo a los tópicos trabajados por Carmen Bernard, también enfatizados por Klein: “Más jornaleros que maestros, más pobres que ricos, los libertos se encontraban en todas las ocupaciones calificadas y

no calificadas, y dominaban algunas de ellas en todos los centros urbanos del siglo XIX en América Latina” (p.43).

Sobre el artículo de Mariza de Carvalho Soares, “Las rutas de esclavos desde el interior de la Bahía del Benin hacia las minas de oro de Brasil, 1700-1740: una hipótesis de investigación”, podemos decir que la autora hace hincapié en el trasfondo social y humano que tiene la diáspora africana, más que realizar un estudio del comercio atlántico de esclavos desde una perspectiva económica y demográfica. Sabe, por ejemplo, que se trata de personas que llegaron a América y que se dispersaron por el territorio en función de su condición de esclavitud.

Para la autora existe una necesidad en la historiografía de la esclavitud africana de dilucidar las diferencias generacionales de los africanos llegados a América, así como la pertenencia a grupos, estableciendo la importancia de las particularidades y la heterogeneidad de aquella masa humana. “La comprensión de esa identidad pasa tanto por el reconocimiento de la perspectiva de una migración forzada y por la construcción del concepto del grupo de procedencia, como también por la especificidad de la generación de los africanos transplantados desde África hacia las diferentes partes de las Américas” (p.51).

De Carvalho trabaja con grupos de personas, ante la dificultad de estudiar la realidad africana en Brasil en

su totalidad: los “mina-mahis” (o maki/maquinos) y los “minas-couras” (o couras-couranos) de acuerdo a su procedencia, como subgrupos al interior de otro mayor de procedencia *mina*, designación que en Río de Janeiro se refiere a los esclavos embarcados en los puertos de la Bahía de Benin (África Occidental) y que constituyeron una identidad colectiva en la esclavitud. La necesidad de un estudio como éste radica en lograr un mejor entendimiento de la inserción de estos africanos en la sociedad colonial en Brasil, donde en términos cuantitativos constituyeron parte importante de la población.

En cuanto a las fuentes utilizadas para su propósito, las biografías se constituyen en la denominación de De Carvalho como “método de investigación para llegar hasta las procedencias” (p. 62) y establecer el trazado de las rutas que pretende reconstruir. El artículo se acompaña, además, de un trazado conjetural de la ruta terrestre de los esclavos dichos “Mina” en Minas Gerais, desde sus tierras hasta los Puertos del Benin.

El artículo de Jean Paul Zúñiga, “Huellas de una ausencia. Auge y evolución de la población africana en Chile: apuntes para una encuesta”, pretende rastrear los vestigios de la presencia negra en Chile mediante el trabajo con fuentes de los registros parroquiales de Santiago en el siglo XVII. El estudio si bien es local, el autor sostiene que no pierde de vista que la realidad de la explotación de la

mano de obra negra en la ciudad puede esclarecer no sólo el caso de Chile:

Partiendo de la hipótesis de que la realidad de Santiago de Chile es en gran medida la declinación local de problemáticas más generales, esta de Chile es en gran medida la declinación local de problemáticas más generales, esa comparación tiene como cometido el proponer pistas y visualizar algunos de los problemas metodológicos que se plantean a todo aquel que se propone estudiar a los esclavos africanos y a sus descendientes en el seno de la monarquía hispánica (p.82).

Zúñiga hace la distinción, de acuerdo a la idea del historiador Moses Finley, entre “sociedades esclavistas” y “sociedades con esclavitud” para el caso de Latinoamérica, dividiendo respectivamente a las sociedades en las cuales el sistema de plantación fue la base de su economía, de las que tuvieron mano de obra esclava en abundancia pero que no constituyó el fundamento de ella. Para Zúñiga, en las “sociedades esclavistas” los esclavos constituyéndose en un gran grupo tuvieron la posibilidad de generar tácticas o estrategias de recomposición social. Las variadas actividades a las cuales se dedicaban los esclavos en la “sociedades con esclavitud” habría favorecido la atomización de ellos y, por consiguiente la imposibilidad de constituir grupos de sociabilidad. Además, el negro como esclavo es considerado una mercancía

capaz de generar más ingresos, por lo que familias modestas también incurrir en el hecho de poseer al menos un esclavo que le asegure una mayor producción dentro del seno familiar; esta situación también contribuye al desarraigo del esclavo y a su atomización.

Distribuidos en pequeños grupos de dos o tres, vendidos y separados los hijos de los padres en función de los altos y bajos de la fortuna de sus amos, las historias de vida que revelan los archivos parecen constituir un importante freno para la constitución de un grupo, en el sentido sociológico de la palabra, animado por una hipotética “solidaridad negra” (p.96).

El historiador revisó 720 bautizos de negros y/o esclavos, encontrándose con el problema de la falta de precisión ante el fenotipo del bautizado. En Chile, la esclavitud alcanza también para el mundo indígena, por lo cual la impresión genera una ambigüedad a la hora de determinar las identidades étnicas de los esclavos. “En una realidad de esclavitud indígena y negroafricana, ¿qué hacer entonces cuando los documentos se contentan con un lacónico ‘esclavo’?” (p.87).

Para Zúñiga, el principal elemento de cohesión de grupo es la condición servil y no el color de piel en una “sociedad de conquista” en América, como él la denomina, la cual dista de las sociedades estamentales en el sentido de que de éstas utilizan el lenguaje de manera simbólica pero que na-

cen de un enfrentamiento -la guerra de conquista- en donde las relaciones sociales se construyen a partir de la dominación. En este sentido “el contexto, y no el fenotipo, es el elemento determinante a la hora de considerar la formación de lazos entre los individuos: el hecho de constituir una minoría ‘visible’, la condición servil, el estatuto de vencido” (p.106).

De esta manera, negros e indígenas al compartir un sufrimiento debido a la esclavitud, podría crear lazos de solidaridad entre ellos, suposición que se afirma en las constataciones de Arturo Grubessich sobre el alto porcentaje de matrimonios entre indios y negros en su obra *Esclavitud en Chile durante el siglo XVIII. El matrimonio como forma de integración social* (1992).

Para Jean Paul Zúñiga, la desaparición de los negros del paisaje social chileno...

...deriva entonces de dos fenómenos concomitantes: el éxito de algunos, que lograron abrirse un camino aprovechando las brechas y los intersticios que les dejaban las reglas de la sociedad colonial; el fracaso de otros, demasiado escasos, demasiado aislados para poder luchar contra el estigma que pesaba sobre el origen servil que llevaban inscrito en la piel (p. 108).

Desde mi perspectiva, considero que el autor insiste en el reducido número de los negros en nuestro país (y localmente en Santiago) como explicación para su extinción, al catalogar

nuestra sociedad *con esclavos*, lo cual no responde del todo a la pregunta inicial.

El trabajo de Celia Cussen, “La ardua tarea de ser libre: manumisión e integración social de los negros en Santiago de Chile Colonial” pretende continuar la discusión iniciada por Jean Paul Zúñiga sobre la “estrepitosa ausencia” de la población afroestizada en Chile. Para la historiadora, existieron en Chile ciertas herramientas que fomentaron una mayor integración de los afrochilenos a la sociedad y que borraron sus huellas documentales. En Chile, la esclavitud habría tenido ciertas particularidades que habrían generado un camino más despejado hacia la libertad y mayores posibilidades de integración social luego de la manumisión. Para esto, realiza un análisis parcial y cualitativo de sesenta testamentos entre los años 1565 a 1792, de hombres y mujeres descritos en los documentos como “pardos”, “mulatos”, “cuarterones” o “negros” que habían alcanzado la libertad.

El tema de la trayectoria de vida de los libertos en tierras americanas choca con la información que nos pueden aportar las fuentes, las cuales se limitan a un momento particular de las vidas de aquellas personas, constituyendo un desafío para los investigadores, ya que se aventuran a realizar conjeturas tentativas sobre ellos. Por otra parte, es interesante la valoración que hace de la libertad, apoyándose en las ideas de Carmen Bernard: “la manumisión debilitó, pero no cortó

los lazos de sometimiento” (p.116), siendo el alcance de la libertad no una situación diametralmente distinta y mejor que la condición servil.

El uso de testamentos como fuentes para el estudio de los negros es un recurso muy utilizado y que nos otorga muchas pistas sobre sus vidas, y no sólo de este grupo social:

En el estudio de la historia colonial americana el recurso a los testamentos se ha hecho extensivo a todos los grupos sociales, y así, nos han permitido entender actividades y comportamientos de una amplia gama de la población, desde hombres acaudalados a mujeres en condición de pobreza, e incluso de indígenas (p. 117).

A partir de estudios de caso, Celia Cussen demuestra cómo estos hombres y mujeres llevaron una vida de trabajo y esfuerzo, en la cual pudieron acumular ciertos bienes, por ejemplo. Se puede evidenciar que los logros de los africanos en suelo americano les permitieron cierta integración social, dando pistas sobre su adaptación a las costumbres de la ciudad como la vestimenta española, aspectos relacionados con la religiosidad y la valoración que de ella hacen estos individuos (la pertenencia a las cofradías es un ejemplo de esto). También las labores a las cuales se dedicaron como zapateros, herreros, sastres, silleros, pulperos o bodegueros, carpinteros, curtidores e incluso prestamistas. Para el caso de las mujeres, las negras libres trabajaban como costureras, parteras y sirvientas. Estos oficios les habrían

permitido reunir el dinero para adquirir la libertad, la manera más común para abandonar la condición servil en toda América, aspecto mencionado ya por otros autores.

Otro aspecto que evidencian estos testamentos es los lazos de afectos que se generan entre amos y esclavos; muchas veces, las manumisiones se efectúan como una manera de agradecer una vida de abnegación y cuidado de parte del esclavo al amo. A veces, este cariño es genuino y se demuestra en que el ex esclavo se quede en la casa de su antiguo amo sirviendo (sobre todo para el caso de las mujeres), como en otras ocasiones se reviste de un interés personal por alcanzar la libertad.

Los testamentos también nos muestran el entramado de relaciones sociales que puede alcanzar un negro, además de su antiguo amo, con personas de otra condición etnosocial, lo que amplía sus redes de sociabilidad. Pero además, un aspecto sumamente humano: el esfuerzo que hace un negro libre por liberar al resto de sus familiares en condición de esclavitud. El negro libre vive descapitalizado por esta razón y con una preocupación constante.

En síntesis, Celia Cussen nos plantea que los testamentos de pardos libres en Santiago nos entregan datos que sugieren nuevas interrogantes acerca del paso de esclavos a libertos, haciéndose necesaria una mayor can-

tividad de estudios comparativos sobre el tema.

El artículo de Javiera Carmona titulado “De Senegal a Talcahuano: los esclavos de un alzamiento en la costa pacífica (1804)”, por último, cierra este libro. El texto se centra en las prácticas de resistencia violenta de parte de los esclavos a la dominación, a partir del análisis del amotinamiento a bordo de la fragata *Trial* en 1804, de la cual existe todo un informe en la Biblioteca Nacional de Chile (consta de informes y cartas que intercambiaron la Intendencia de Concepción y la Real Audiencia sobre el caso). Esta embarcación se dirigía al puerto de El Callao desde Valparaíso con frutos del país, 13 pasajeros y 72 esclavos, pero la nave nunca arribó a su destino, ya que a la semana de viaje los esclavos secuestraron el barco, matando a casi todos los blancos exceptuando al capitán Benito Cerreño y un par de tripulantes. Luego de 57 días navegando, el barco se dirige al sur con la idea de llegar a Senegal; sin embargo, la nave queda detenida sin viento ni provisiones ni agua frente a la costa de Concepción en la Isla de Santa María. Allí se encuentran con un barco estadounidense al mando del capitán Amasa Délano, quien rescató a Cerreño. El juicio a los esclavos alzados se realizó en Talcahuano y 9 de ellos fueron condenados a la horca, para luego ser decapitados e incinerados frente a sus compañeros de viaje.

La revisión de los informes y cartas ofrece elementos para analizar las caracterizaciones que se hicieron de los esclavos. Un aspecto que llama la atención es que se dijo que “todos venían de Senegal”, lo cual en la práctica no parece que fuera cierto, ya que los cabecillas de la revuelta manifestaban características de ladinización, es decir, estar familiarizados con la cultura occidental y el idioma español. Los negros bozales implicaban un gran riesgo de alzamiento. Por otro lado, en la época del secuestro no era usual traer cargamentos de esclavos traídos de África directamente, ya que se prefería negros criollos por ser de menos valor monetario (todo esto, a partir del análisis de escrituras de compraventa hechas en Santiago entre 1790 y 1799, en las cuales indican que la mayor cantidad de esclavos transados son criollos):

El caso del *Trial* puede apuntar a una situación singular en cuanto señala que en la última década de la colonia persistía la importación de esclavos africanos lo que indicaría la vitalidad del comercio trasatlántico. No obstante, el registro de la carga del *Trial* también alude a la discusión sobre las categorías aplicadas a los afrodescendientes que cristalizaron en los registros oficiales (p. 141).

Javiera Carmona contrasta los documentos oficiales con la obra literaria de Herman Melville, *Benito Cereno*, la cual recrea el episodio del *Trial* sometiéndola a una reflexión “reordenadota” de la Historia que

ilumina sobre el pasado esclavista de Chile, enriqueciendo la lectura.

El alzamiento del Trial nos da pistas para posibles estudios sobre el comercio de esclavos en el Pacífico Sur y la entrada de esclavos musulmanes, que alcanzaron una unidad política y cultural dentro de las naciones africanas en América, así como de la falta de conocimiento que tenían los europeos de las características del lenguaje, cultura y nacionalidad de la mercancía humana que transportaban al Nuevo Mundo. Pero, además, es significativo su aporte para examinar las tensiones en las relaciones de poder tanto en el mundo esclavo como en el mundo esclavista, rasgos macroestructurales de la sociedad colonial.

Como anexo, el libro presenta de cada uno de los autores una pequeña biografía con datos sobre su producción historiográfica.

Resulta de gran valor que cada autor haga referencias metodológicas y posibles líneas de investigación a seguir en torno al tema de los afrodescendientes en Chile, constituyendo un aporte para los investigadores que nos interesamos en seguir profundi-

zando el estudio de la realidad negra en nuestro país, que durante tanto tiempo estuvo silenciada por la historiografía. Este libro constituye un gran aporte para la historia social de nuestro país, llena un vacío junto con otros estudios que se han ido dando en torno al tema, enriqueciendo además la producción historiográfica latinoamericana sobre el tema.

Por otro lado, es una invitación para el lector común, que tiene en mente el discurso oficial que nos heredó la historiografía decimonónica, en donde el negro era un artículo de lujo, escaso en estas latitudes y que no llegó a aclimatarse en esta zona, por lo que su presencia no era considerada. Es necesario redescubrir nuestra historia ya que así podremos reconstruir parte de nuestra identidad como pueblo. En este sentido, tal como lo indica el título del libro, a partir de la huella africana podemos reconstruir parte importante de nuestra historia.

NATALIA MURIEL
PAVEZ SEPÚLVEDA
UNIVERSIDAD NACIONAL
ANDRÉS BELLO